

## La confianza de un buen soldado

Ralph Weinhold

*Por tanto, no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor, ni de mí, preso suyo, sino participa de las aflicciones por el evangelio según el poder de Dios, quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos, pero que ahora ha sido manifestada por la aparición de nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio, del cual yo fui constituido predicador, apóstol y maestro de los gentiles. Por lo cual asimismo padezco esto; pero no me avergüenzo, porque yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día (2 Timoteo 1.8–12).*

Cuando el apóstol Pablo, ya entrado en edad, le escribió a su joven hijo en la fe, Timoteo, le mandó a éste «[pelear] la buena batalla de la fe» (1 Timoteo 6.12). La vida cristiana es una batalla, la más grande batalla que jamás se libró sobre esta tierra. No es una batalla que implique tanques, armas de fuego ni misiles, sino una batalla entre dos fuerzas espirituales de la eternidad, Dios y Satanás. Es una batalla entre lo correcto y lo incorrecto, entre el bien y el mal, entre la verdad y la mentira, entre la luz y las tinieblas, entre los cielos y el infierno. Nos demos cuenta o no, cada uno de nosotros está personalmente enfrascado en ella. Usted y yo estamos enfrentados a tres enemigos principales: el diablo, el mundo, y la carne. El diablo es el enemigo infernal —clandestino, que está forjando su reino de tinieblas. El mundo es el enemigo externo, que nos rodea diariamente y está constantemente seduciéndonos a través de los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la

vanagloria de la vida. La carne es el enemigo interno que consiste en la naturaleza pecaminosa que mora dentro de cada uno de nosotros, y que sólo puede ser derrotada mediante el poder de nuestro Señor Jesús. Cuando entendemos el poder de estos tres enemigos, también entendemos cuán débiles somos y cuánto necesitamos de la intervención divina para ganar la guerra espiritual por nuestras almas. Si vamos a ganar esta guerra, nuestra confianza debe estar depositada en Jesús y no en nosotros mismos.

Cuando Pablo, inspirado por el Espíritu Santo, escribió las palabras de 2 Timoteo 1.8–12, él estaba tratando de animar al joven predicador Timoteo a que jamás dejara de pelear la batalla. En el versículo 8a, le mandó a Timoteo «[participar con él] de las aflicciones por el evangelio según el poder de Dios». En otras palabras, Pablo le dijo que continuara en la batalla y no le diera cabida a la idea de rendirse, no importando cuán cruda la batalla se pusiera. Le estaba diciendo a Timoteo: «Cuando peleamos la batalla habrá dificultades y apuros. Habrá tribulaciones y aflicciones, pero ¡no se rinda! Jamás te avergüences de dar testimonio del Señor, ni de mí, preso suyo, sino participa conmigo de las aflicciones por el evangelio» (vers.º 8b). ¡Un encargo nada pequeño! Además de haberle hecho el encargo, Pablo tranquilizó a Timoteo en el sentido de que hay recursos espirituales disponibles para todos los que formen parte del ejército del Señor y peleen por el bien. En esta lección deseo que tomemos nota de algunos recursos espirituales que Dios proporciona para que podamos llegar a ser soldados Suyos llenos de confianza.

## EL PODER DE DIOS (vers.º 8)

El primer recurso disponible para un soldado de Jesús es «el poder de Dios». Tome nota nuevamente de las palabras de Pablo que están en el versículo ocho, cuando exhortó a Timoteo a «[participar] de las aflicciones por el evangelio *según el poder de Dios*» (énfasis nuestro). El poder de Dios es lo que se necesita para la batalla contra las fuerzas espirituales de Satanás, y nuestro Dios nos ha prometido darnos todo el poder que necesitemos para pelear la buena batalla. Debemos recordar que la buena pelea es una pelea de fe. No es una batalla que pueda ser ganada por la carne. El hombre no puede derrotar a Satanás mediante sus propios esfuerzos, su autodeterminación, su fuerza de voluntad ni su bondad. Jesús lo dijo llanamente: «Separados de mí nada podéis hacer» (Juan 15.5c), y ¡nosotros necesitamos creer en Sus palabras!

En Efesios 6.10, Pablo habló de nuestra necesidad del poder de Dios en el fragor de la batalla: «Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de Su fuerza». El Señor es la única fuente de fortaleza espiritual que puede resistir las pruebas de Satanás, y la única manera como su fuerza puede fluir a nuestras vidas es a través del canal de la fe. Pablo experimentó la fuerza del Señor en su vida. Refiriéndose al juicio al cual fue sometido ante un tribunal romano, esto fue lo que escribió: «Pero el Señor estuvo a mi lado, y me dio fuerzas». Pablo, lleno de confianza, añadió: «Y el Señor me libraré de toda obra mala, y me preservará para Su reino celestial. A Él sea gloria por los siglos de los siglos. Amén» (2 Timoteo 4.17–18).

La batalla que peleamos es una batalla espiritual entre Dios y Satanás, y sólo hay una manera de alcanzar la victoria —¡por la fe en el Señor Jesucristo! Debemos dejar de mirar dentro nosotros mismos y confiar en el Señor que Él nos dará Su ayuda sobrenatural y Su poder para vencer los ataques que Satanás dirige a nuestras almas. ¡Cuán buenas nuevas es que, sea cual sea la batalla a la que estemos enfrentados, el Señor mismo promete estar a nuestro lado, para fortalecernos y librarnos de toda obra mala hasta el día que nos lleve a casa para estar con Él para siempre! Esa fue la fe de Pablo, y esa fe es la victoria que vence al mundo.

## LA SALVACIÓN DE NUESTRAS ALMAS (vers.ºs 9–12)

En el versículo nueve Pablo mencionó otra bendición espiritual que llena de confianza a los soldados cristianos: la salvación de nuestras almas. Pablo dijo que Dios nos ha salvado «nos salvó y nos

llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito Suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos». Gracias damos a Dios por el don de la salvación en Cristo Jesús, el cual es por gracia por medio de la fe (Efesios 2.8).

El mismo poder de Dios que nos prepara para nuestra batalla contra Satanás es el que salva nuestras almas del pecado y nos alista en el ejército eterno de Dios. A veces cantamos: «La fe es la victoria que ha vencido al mundo». Esa victoria da comienzo con el bautismo en Jesús. Allí, por la fe, nos arrepentimos de nuestros pecados y confiamos en que la sangre de Jesús nos lava nuestros pecados en el momento que somos sepultados juntamente con Él por el bautismo en Su muerte (Romanos 6.3–4). A través de la fe nos entregamos nosotros mismos a Él, así como Él se dio a sí mismo por nosotros en la cruz. Cuando por la fe tomamos Su mano de gracia, somos salvos del pecado y comenzamos la nueva vida, «la vida por fe en Jesús allá arriba»:

La vida por fe en Jesús allá arriba,  
Lleno de confianza, confiando en su gran amor;  
Salvo de todo daño en sus brazos de protección,  
Estoy viviendo por fe y no siento temor.<sup>1</sup>

La vida cristiana es una «vida por fe en Jesús allá arriba».

Después del arrepentimiento y del bautismo en la muerte de Jesús, nuestra fe crece día a día, a medida que aprendemos a confiar en que Jesús nos dará Sus fuerzas para pelear la batalla de la fe. Un día enfrentaremos al enemigo postrero, la muerte, y moriremos con la misma fe llena de confianza con la que habremos vivido. Pablo dijo en el versículo diez que Jesús «quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio». El mensaje del evangelio nos da la seguridad de que Jesús no sólo murió en la cruz por nuestros pecados, sino que también «resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras» (1 Corintios 15.4). Por fe aceptamos el hecho de que después de Su crucifixión, Jesús fue resucitado de entre los muertos, y en ese proceso Él quitó la muerte. Para el hijo de Dios que vive por fe, la muerte es un enemigo derrotado. Aun cuando todos debemos algún día sufrir una muerte física, el poder de la muerte ha sido eliminado, de modo que nadie puede sepultar a un hijo de Dios. Por supuesto que podemos sepultar su cuerpo físico,

---

<sup>1</sup> James Wells, "Living By Faith" («La vida por fe»). Este himno, cuyo último derecho de autor data de 1946, apareció en el "His Voice in Song" de R.E. Winsett.

pero el espíritu del cristiano se va a morar con el Señor. Cuando el Señor regrese a esta tierra, «los que durmieron en él» vendrán con Él (1 Tesalonicenses 4.14). Ese día veremos con nuestros propios ojos lo que ahora recibimos por fe. Pablo escribió en 1 Corintios quince que el postrer enemigo que será derrotado es la muerte (vers.º 26), pues «en un momento, en un abrir y cerrar de ojos,... la final trompeta... se tocará... y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados» (vers.º 52). Estamos rodeados a diario por los enemigos que forman parte del ejército de Satanás. La enfermedad, el divorcio, las drogas, la devastación y la muerte son algunos pocos ejemplos. Todos estos enemigos serán eternamente destruidos a la segunda venida de nuestro Señor, y el último enemigo en caer será el más fuerte de todos, la muerte misma.

Las palabras de Pablo deberían animar a todo soldado del ejército de Dios. Por inspiración del Espíritu Santo, Pablo nos ha tranquilizado diciéndonos que la victoria sobre todos los enemigos que enfrentamos en esta vida, incluyendo el enemigo que es la muerte misma, se encuentra en Cristo Jesús nuestro Señor. ¡Jamás nos demos por vencidos! Tenemos todas las razones para ser valientes y estar confiados en nuestra defensa de la verdad, pues la victoria final será ganada por nuestro Señor y será compartida por todos los que han peleado en Su ejército. En el texto bajo estudio, Pablo dio la razón por la que se puede tener esta confianza: «porque yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día» (vers.º 12). Tome nota de lo que Pablo escribió: «porque yo sé a *quién* he creído» (énfasis nuestro). Pablo tenía una gran fe, la cual se centraba en el Señor Jesucristo. Pablo tenía gran confianza como soldado de la cruz porque Jesús era el objeto de su fe.

Cuando Dios creó a Adán, lo creó a Su propia imagen espiritual. Como el hombre ha sido creado a imagen de Dios, nosotros poseemos la singular facultad de la fe. Cada uno de vosotros cree en alguien o en algo, y cada uno de nosotros deposita su confianza en esa persona u objeto. Muchos tendrán fe en sí mismos, en su propia fortaleza y entendimiento humanos. Otros depositarán su fe en la gente, en la política o en filosofías de los hombres. Pablo depositó su fe en el Señor Jesús. Como Jesús era el único objeto de la fe de Pablo, éste fue un soldado fuerte, valeroso y seguro hasta el mismo final. ¡Millones asistirán a un culto de la iglesia tras otro, pero jamás llegarán a conocer de lo que verdaderamente trata el cristianismo! Jamás

entenderán que el cristianismo es Cristo. El cristianismo es llegar a conocer a Cristo, aprender a amar a Cristo, tratar de servir a Cristo, y pelear por defender la causa de Cristo hasta que exhalemos nuestro último aliento y vayamos a casa a morar con nuestro Señor para siempre.

En Filipenses 1.21, Pablo escribió: «Para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia». Pablo sólo tenía una pasión que lo impulsaba en su vida, y esa pasión era Jesús. En Romanos 14.8, escribió: «Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos, o que muramos, del Señor somos». Como la vida de Pablo estaba tan centrada en el Señor Jesucristo, él vivió una vida de confianza en el Señor. También, como su confianza estaba depositada en el Señor, Pablo podía hacerle frente a la muerte sin temor ni remordimientos. Él podía decir: «Mi vida es Jesús, de modo que mi muerte es ganancia. Vivo por Jesús, y cuando muera, moriré por Jesús; por lo tanto, sea que viva o sea que muera, yo soy del Señor. Como soy del Señor, “yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día”». Si estamos peleando la buena batalla, entonces ¡nada es más importante que mantener nuestros ojos fijos en nuestro Comandante en Jefe, el Señor Jesucristo! Jesús es nuestra sabiduría. Jesús es nuestra justicia. Jesús es nuestra santificación. Jesús es nuestra redención, así que «el que se gloria, gloriése en el Señor» (1 Corintios 1.30–31).

Pablo dijo: «Para mí el vivir es Cristo». ¿Puede usted decir lo mismo?, o ¿vive usted para otra causa que no es Cristo? ¿Qué pondría usted en el espacio que ocupa Cristo en esa frase? ¿Se vería obligado a decir: «Para mí el vivir es el dinero»; «Para mí el vivir es la educación»; «Para mí el vivir es el deporte»? ¿Llenará el espacio con palabras como «el entretenimiento», «el placer», o algún otro afán mundano o carnal? Démonos por advertidos que si escribimos cualquier palabra que no sea el nombre de Jesús, no podremos añadir la frase que dice: «el morir es ganancia». Centremos nuestras vidas en el Señor Jesús de modo tal, que ¡nada importará más que el hecho de que Él es nuestro y nosotros Suyos! Imitemos el ejemplo de Pablo y declaremos juntamente con él: «¡Centraré mi vida en el Señor Jesucristo de modo tal, que entrego mi cuerpo, mi alma, mi mente y mi espíritu al cuidado y preservación Suyos ahora y para siempre! Al entregar mi vida en Sus manos, lo hago plenamente convencido de que Él es poderoso para guardar todo lo que le he entregado para el día cuando al fin yo lo vea cara a cara y me una a Él para siempre!».

## CONCLUSIÓN

El estar consagrado a Cristo es vida, paz y gozo. No hay otra forma. Nada en este mundo es más importante que llegar a conocer al Señor Jesús en nuestros corazones. Muchas personas conocen muchas cosas acerca de Él—Su vida, Su muerte, Su sepultura, Su resurrección y Su ascensión a los cielos— pero ¿cuántos de nosotros conocemos a Jesús mismo? ¿Cuántos de nosotros le hemos cedido a Él nuestras vidas de modo tal que podamos decir juntamente con Pablo: «Para mí el vivir es Cristo»? Cuando yo me levanto por la mañana, ¿es Jesús mi primer pensamiento? Cuando me voy a dormir, ¿es Jesús mi último pensamiento? ¡Jesús en la

mañana, Jesús en la noche, Jesús todo el día! «Para mí el vivir es Cristo».

Si nosotros podemos decir, sin duda alguna, que Cristo es la vida para nosotros, entonces sabremos que la vida es una batalla. Si vivimos para el Señor, el diablo se nos opondrá. Depositemos nuestra confianza en Jesús. Entonces podremos pelear la buena batalla de la fe, siempre confiados en que, a través del poder de Dios y a través de la salvación en Jesús, derrotaremos todo enemigo que se levante delante de nosotros, ¡hasta que el último enemigo, la muerte, sea aplastado bajo los pies!

©Copyright 2000, 2002, por LA VERDAD PARA HOY  
Todos los derechos reservados